

## Vista al mar.

Tras la puerta de cuidado cedro estaba la escalera. Era la escalera de todos sus días en aquella casa, pero treparla se había tornado en un cotidiano ejercicio de magia. Las veces que siguieron al primer ascenso milagroso, el rodeaba los tres descansos de la espiral como un niño promesante, tendido el rostro hacia arriba, ensayando plegarias interiores rogando se reiterase la maravillosa equivocación. Al fin, aquella estancia lo aguardaba siempre, inmutable, al fondo de los escalones. Un cuarto cuadrado, un gran escritorio, un espejo de pie y una ventana dando a un pequeño jardín bordeado por una alta ligustrina. Pero lo maravilloso era que la casa donde él vivía -y en cuyo interior se hallaba la escalera- era la número 322 de la calle Yrigoyen, junto a las tintineantes vías del tren en el mediterráneo barrio de Saavedra y, sin embargo, desde la pieza que coronaba el ascenso se veía, a distancia de unas cuadras, un mar azul cruzado por efímeras costuras blancas deshechas por el viento.

Sin gestos soberbios, el paisaje de la ventana ejercía sobre el un magnetismo personal. En aquella pieza y su ventana veía vagamente evocado otro paisaje, alguna vez visto desde otra ventana similar, en una pieza en la que había sido feliz. Se alcanzaba a divisar una pequeña callecita de ripio que descendía hacia la playa y, detrás, el mar y su sordo acorde. La pieza tenía esa mezcla de asepsia y familiaridad que dan las habitaciones en los hoteles pueblerinos, bajo el ala del verano. Pasada la maravilla y el miedo de aquél primer día en que recorrió el cuarto con admiración -sintiendo, profundamente, que merecía el milagro- decidió que aquella pieza mágica sería destinada para escribir su largamente postergada novela y para ser secretamente feliz.

El día que subió con los cuadernos nuevos, tras conquistar el escritorio y disponer sobre el las herramientas, descubrió, en uno de los cajones, unos cientos de viejas fotografías y daguerrotipos, algunas cartas y papeles varios. Recorrió lentamente algunos pilones como si revisara un cuento, acaso buscando alguna explicación a su milagro. Pero nada vio en ellas que le insinuaran ser más que los rastros de una familia. Los rostros se repetían en edad creciente, algunos desaparecían de la serie y aparecían otros nuevos. Al cabo, ese día lo prodigó a aquel melancólico ejercicio. No sintió que perdiera el tiempo y se justificó pensando que así homenajeaba y de algún modo mostraba gratitud por la magia que le había deparado esa sala frente a un mar imposible.

Asuntos del mundo que persistía en Saavedra le impidieron volver a la torre durante cerca de un mes. Pasado ese tiempo, colmado de ansiedad, pudo trasponer la puerta de cedro nuevamente. Tras llenarse de la soledad del cuarto, descubrió, abriendo el cajón, otros retratos con rostros que no recordaba. Cerca estuvo de arrojar por la ventana, sin más miramientos, todas aquellas fotografías. Pero la idea de que borraría del mundo, para

siempre, el irreplicable azar de un rostro, un gesto, aquellos ínfimos y triviales momentos ya perdidos del pasado y los últimos rastros de sus desaparecidos protagonistas; la aplastante convicción de que así ejercía las potestades propias del tiempo, le obligó -porque él se sabía del mismo material que aquellos cuyos últimos ecos apagaría- en un gesto de piedad, a contemplarlos a todos. Dar un último vistazo antes de sumirlos en el olvido a todos esos hombres y mujeres a los que alguien alguna vez quiso lo suficiente como para alargar sus sombras en una fotografía. Tal vez de ese modo, aunque trastocada la esencia, se inscribirían en alguna parte de sí y pervivirían.

Se abocó a esta piadosa tarea que pensó alternar con la escritura de la novela. Pero imperceptiblemente, absorbido por una gravitación que no terminaba de reconocer, tendía hacia los cajones pletóricos de imágenes. En las primeras jornadas atinó a prohibirse el abrir los cajones, pero necesitaba saber con certeza que las imágenes que los poblaban no se renovaban o que su serie fuera infinita. Para ello, revisaba las que quedaban sólo por ver si daba con alguna ya revistada pero esto nunca sucedía. Al poco tiempo entrevió, vagamente, que a través de aquellas urnas se estaba desangrando el vasto registro de un pasado, que en ese escritorio con el que había dado mágicamente había una gotera de fantasmas y que estos comenzaban a disputarle la torre. Lentamente, pero con la firmeza con que avanza el horror o la idea de la divinidad, con la inocente tozudez con que sube la marea, fue creciendo en él la obsesión y el miedo a ese profuso mar antiguo, sin orillas, que desbordaba la represa del cajón. En un elevado éxtasis de vértigo, a vísperas de la locura o ahogado en una lucidez inabarcable, decidió desbaratar el abismo imponiendo orden al pasado que manaba del cajón. Pretendió una clasificación capaz de coagular los borbotones blanquinegros. No se atrevió a pensar que aunque el ayer de un hombre es finito, los espejos con que el hombre se mira lo multiplican hasta la eternidad que le rodeaba la torre. En efecto, cada mañana subía al aposento y vencía las horas mirando los rostros idos, las galas, los nacimientos, apilándolos meticulosamente, destinándolos a diversos cajones, pilas que devenían pilares y luego en corredores, habitaciones. A su alrededor se ahondaba el laberinto que el mismo tejía, sin tregua contemplado por los rostros macilentos de los daguerrotipos y sus fijas miradas y el mar que rugía detrás de los médanos.

Cierta tarde se abrió la puerta presentando a un niño que recorrió los vericuetos de fotografías y se le apareció detrás de una parva de retratos. Se miraron unos instantes y luego se retiró por donde había venido. Este niño le impresionó fuertemente y durante unos segundos irrumpió en él, desordenadamente, su nunca comenzada novela, Saavedra, cosas lejanamente tuyas. Pasaron semanas de aquello hasta que entró una mujer. Ella se paseaba con naturalidad por el laberinto que el extraía sin cesar de los cajones. Ella comenzó a aparecer con regularidad creciente. Cierta vez puso la mano sobre su hombro mientras el interrogaba unos daguerrotipos y consideraba a qué pila debía destinarlo. Otra vez ella canturreó algo mientras hacía su visita. Era una muchacha, no muy bonita, con los dientes salientes hacia afuera y un hermoso cabello negro que llevaba recogido en rodete. Tenía un constante gesto de aprensión en el rostro y le miraba como a un condenado. El, a su vez, la conocía, porque ya no le era desconocido ninguno de los rostros de todos los hombres y mujeres que existieron, y la vida y el mundo eran ya una cosa absurda, agotada, una palabra dicha sin fin.

El último día la muchacha fue hacia él y le mostró la ventana. Vio el mar entrando por ella y todo le era absolutamente familiar y sabía qué día era y, también, lo que iba a pasar.

- ¿Hoy llegan los barcos?- se oyó decir con una voz muy pequeña

Su madre le asintió con amor y le ayudó a bajar de la silla. Al pasar por frente al espejo vio que era un niño, no el que alguna vez fue, sino algún niño, otro, y cuanto hasta entonces fuera suyo se alejó hasta perderse y ese olvido fue la dicha. Bajó la escalera y se halló en un salón que conocía muy bien donde el olor oceánico entraba, triste, y salió por la puerta en dirección a la playa. Era un niño y de algún modo sabía que había muerto hace muchos años y que ahora existía en un raro paraje sin sentido y que en él moriría nuevamente pero por lo menos volvería a ver el mar.

Remedios Altant